

El Porvenir de la Historia

Por el Padre Ricardo Lombardi, S. J.

(Conferencia pronunciada por su autor en el Teatro Junín de esta ciudad).

A LOS ESTUDIANTES

Estamos hablando en vuestra patria colombiana, una patria muy conocida y francamente diría muy querida y muy respetada en el mundo. No olvidaré jamás cómo hace algunos años tuve el honor grandísimo de poder hablar en vuestro Congreso en Bogotá. Y ahora el encontrarme de nuevo en vuestra patria, y en esta ciudad en particular de Medellín, me procura una alegría profunda, extraordinaria.

No pienso solamente en los que están ahora en este teatro, sino en tantos y tantos otros amigos que talvez escuchan en sus casas, con los cuales quizá no nos veremos jamás sobre la tierra, pero haremos en esta noche una amistad que debe continuar en la eternidad. ¡Cuántas cosas se podrían decir, cuántas cosas querría decir, pero dedico especialmente el discurso de esta noche a los estudiantes de la Universidad.

Tal vez el discurso aparecerá un poco intelectual para algunos pero la importancia de los estudiantes que se preparan para dirigir la sociedad, la importancia de los estudiantes en este momento de la historia es tan grande, que creo mejor dirigir a ellos el pensamiento, el discurso, casi pensar junto con ellos en aquel **porvenir de la historia** que será vuestra responsabilidad cuando mi generación esté ya bajo la tierra. Es el tema más interesante para los estudiosos, especialmente para la juventud universitaria, éste del **porvenir de la historia**.

¿A dónde marcha la historia de hoy? Quiero llegar a la respuesta de esta pregunta con un examen de la historia que la humanidad ha vivido ya. Creo que el examen de la historia pasada nos dará la clave particular para comprender la meta hacia la cual marchamos.

Y como esquema pequeño de este discurso familiar, una vieja parábola que vosotros conocéis: la parábola del hijo pródigo. Creo que

significa mucho ante nuestros ojos aquella vieja historia, estupenda, para aplicar los distintos pasos a los siglos que han pasado y a los que vendrán. Vosotros la sabéis: un hijo dejó su casa, porque tenía tedio de la casa paterna. El hijo cayó en grande miseria. Volvió a su casa para buscar el pan. Encontró a su padre.

Hermanos míos: Yo creo que la historia del pensamiento moderno, aquella historia de la cual somos hijos, viene a representar verdaderamente el alejamiento del hijo de la casa paterna. La historia moderna, como sabéis, empezó hace cinco siglos, cuando comenzaba la historia de vuestro continente. Salió la humanidad de la Edad Media. Tenía en la cabeza y en el corazón la visión universal, cósmica, que había entusiasmado a Santo Tomás y había entusiasmado a Dante Alighieri. Una visión cósmica donde Dios estaba en el centro, y donde el hombre tenía un sitio pequeño completamente dependiente de Dios. La humanidad salió en el siglo XVI de la Edad Media. Cuál es la característica del siglo XVI? Es una crisis colectiva del espíritu que se puede comparar muy bien con la crisis que se vive individualmente en la adolescencia. Una crisis que llamaría del corazón. Las perspectivas, las ideas, quedaban como habían sido en la Edad Media: cabeza sana, ideas claras. Pero mientras la cabeza quedaba cristiana, empezó la crisis del corazón. Descubrieron las memorias antiguas. En aquellas memorias de aquellos pueblos encontraron una forma de vida que les gustó. Una vida más libre, donde no era tan fuerte la sombra de Dios que pesaba en el hombre. Una vida más alegre donde se podía gozar el placer de la carne, donde el paraíso del hombre quedaba en la tierra.

El niño en la adolescencia se queda todavía con las ideas que sus padres le han dado en la infancia, pero siente en el corazón fuerzas nuevas, deseos nuevos, aspiraciones nuevas hacia una felicidad desconocida. El siglo sufrió instintivamente esta encrucijada del espíritu. Cabeza cristiana, corazón pagano. Tenemos tantos hechos con los cuales se podría demostrar esta situación rara. Nosotros en Europa tenemos argumentos de esta situación del espíritu. La iconografía. Las imágenes que ellos representaban en el arte eran todas cristianas. Pero el instinto que se manifiesta en aquellas representaciones figuradas aparece siempre más pagano. Y la Virgen en la iconografía cristiana queda allí como la Virgen de la Asunción, la Virgen de Navidad, pero se transforma siempre más, en una hermosa mujer, que en las escenas evangélicas, en las riquezas del arte, corresponde a los deseos materiales del corazón. Encontramos sobre los altares imágenes colosales desnudas. El Juicio Final de Miguel Angel, una pintura que está en la capilla más importante del Vaticano, la Sixtina, es una representación colosal de figuras desnudas. Y hay todo un estudio anatómico del cuerpo, que no habían hecho en la Edad Media, y entra ahora en las imágenes sagradas, y entra ahora en la iconografía del evangelio cristiano.

El desequilibrio de cabeza y corazón, típico de la adolescencia, y que se dió colectivamente en el siglo XVI no podía durar. La adolescencia debe acabar. O la cabeza pone orden en el corazón, o será el corazón el que lleva sus tinieblas hasta la cabeza. Muchísimas veces en la adolescencia del individuo es el corazón el que vence y oscurece la inteligencia y las ideas.

En la vida colectiva de la humanidad acontece lo mismo. No podía durar aquella situación rara del renacimiento, con mente totalmente cristiana y con un espíritu siempre más pagano. Debía resolverse la crisis con la victoria de la cabeza cristiana o del espíritu pagano. Pero en la historia, en los siglos sucesivos al Renacimiento, poco a poco, viene la crisis intelectual, la crisis de las ideas. Lo que en un hombre particular se puede hacer tal vez en tres años, cuatro años, tal vez en menos, en una historia colectiva universal, como la historia moderna, ocupa cuatro siglos. Pero es un camino tan continuo, es un camino tan claro en sus directivas que es muy interesante seguirlo para comprender el sitio donde nosotros estamos en la historia de la humanidad.

Es la crisis del corazón. El paganismo del corazón sube con sus tinieblas para oscurecer las ideas que todavía eran cristianas. Y las tinieblas que subían encontraron en primer lugar lo que estaba más próximo, más cerca del hombre, encontraron la encarnación terrestre de la religión cristiana. No habían subido las dudas hasta el trono de Dios. Dios quedaba. No habían subido hasta la figura de Jesús que quedaba todavía Hijo de Dios. Pero encontraron en la parte más cercana al hombre, en la parte del fenómeno religioso más cerca de la humanidad, encontraron las tinieblas la encarnación terrestre de la fe religiosa. Encontraron algunos hombres que se presentaban en la historia como representantes de Cristo y de Dios. Hombres ¡qué lástima! que en el renacimiento no habían aparecido tan libres de aquel espíritu pagano que había ocupado casi totalmente el siglo. Y cuando la crisis intelectual comenzó a pesar en ellos, se dudó fuertemente del origen divino de la autoridad. Desde el siglo XVI, el primer siglo de la historia moderna que tiene crisis intelectual, arranca una crisis de este paso final del fenómeno religioso. El paso terrestre del fenómeno religioso. Dudaron de la autoridad eclesiástica, dudaron del Papa y de los obispos, de los sacerdotes que representaban verdaderamente a Dios.

Vino entonces la crisis que tiene un nombre de todos conocido, la **Reforma Protestante**. Quedamos con Dios, no se puede discutir; quedamos con Jesús, no se puede discutir, como los hijos de la Edad Media. Pero estos hombres iguales a nosotros, que se presentan ante nosotros como representantes del cielo, esto no. Desde aquel siglo, se puede decir, que el pensamiento moderno ha dejado el catolicismo.

Pasó un siglo. Las tinieblas subieron y la crisis intelectual aumentaba ya como un fenómeno colectivo de la humanidad. En las tinieblas encontraron que el aspecto más próximo, en este fenómeno religioso, era Jesús. Y empezó la lucha con Jesús. Dios no se puede discutir. Cómo se puede discutir de Dios, si queremos hablar con términos de filosofía? Cómo podemos dar una noción del mundo que no tenga un Dios? Pero ese Dios Encarnado, pero ese Dios hecho niño, pero ese Dios que llora, pero ese Dios que muere, eso es mitología. Aquí estamos en el absurdo, aquí estamos en algo que la razón no puede admitir.

Ya no estamos frente al protestantismo, ya estamos frente a la filosofía racionalista. Hubo la crisis religiosa contra cualquier religión que se presentara como revelada por Dios. Continuamos, dijeron,

con la idea vaga de Dios. Continuamos con el Dios del cielo, pero a Cristo no lo podemos admitir. Y la razón con su soberbia, examinó el Evangelio. Ya no había el magisterio para defender a Jesús. No había ya una medida jurídica para defender a Jesús, a aquel Jesús que callaba, que se examinaba en las páginas muertas del Evangelio, sin la voz viva del magisterio en su favor. Se dio al examen frío, amargo, duro de la razón, de lo que se llamó Diosa Razón.

Así vivió la humanidad dos siglos, el XVIII y el XIX, los dos siglos de las grandes filosofías racionalistas. Podemos pensar en Spinoza, podemos pensar en Leibnitz, podemos pensar en Kant. En nombre de la razón se destruye la fe. La fe en Dios queda, pero una fe sin religiones positivas que se presentan como revelación de aquel Dios. Si queremos en la historia de hoy ver las reliquias de la historia que pasó, tenemos el fenómeno todavía vivo en alguna manera, pero viejo, viejísimo, tenemos el fenómeno de la masonería, que nació precisamente en el siglo XVIII. Con la fe en un Dios pero en un Dios arquitecto del Universo. Lo presentan allí con los símbolos de la geometría, como el arquitecto del cosmos. Pero sin revelación, pero sin dogma, pero sin iglesia, pero sin autoridad perenne. El Dios de la filosofía racionalista, arquitecto del universo, en nombre del cual se habla, está tan lejos que no tiene ya personalidad.

Y llegamos al siglo pasado. La crisis intelectual que había empezado como fruto de un paganismo del corazón, como fruto de un latir del corazón, la crisis intelectual, sube un paso más. Y ahora encuentra a Dios. El siglo pasado en la vida intelectual luchó contra la idea de Dios. Hay dos mitades en el siglo pasado: en la primera las grandes filosofías que representan la primera parte del siglo pasado. Vosotros las conocéis: filosofías idealistas, hablan todavía de Dios, pero de un Dios que está en el espíritu del hombre. Hablan todavía de Dios, Hegel, Schiller, pero de un Dios que, si lo analizamos metafísicamente, se presenta como una creación del hombre. Y la segunda mitad del siglo, negó sencillamente a Dios.

Tenemos el positivismo, tenemos el criticismo, tenemos el pragmatismo, tenemos el relativismo, tenemos el materialismo. El siglo pasado, del cual somos los hijos casi inmediatos nosotros, el siglo pasado termina con un hombre que cantó la muerte de Dios. Yo no he encontrado en mis estudios un personaje que me haya parecido más simbólico del mundo moderno, que Federico Nietzsche. Como la Edad Media me parece simbólicamente representada de manera perfecta en Santo Tomás y en el Dante Alighieri, que presentan la imagen del cosmos con Dios en su centro, así me parece que el espíritu moderno no tiene imagen más clara, no tiene encarnación más simbólica, que ésta de Federico Nietzsche. Ese hombre que vivió al final del siglo pasado y que escribió, con una claridad como tal vez nadie, lo ha hecho, que el espíritu moderno está luchando contra Dios. Escribió, como tal vez nadie, que el espíritu moderno era una crisis de independencia contra aquel Dios que, con su nombre y su ley, impedía los planes del mundo, impedía la alegría de la humanidad. Yo creo que no hay un hombre en la historia que haya manifestado como Nietzsche la oposición del hombre contra Dios.

El escribió un libro, ciertamente uno de los libros más famosos del mundo, ciertamente uno de los libros que han sido más eficaces en el desarrollo de la historia del mundo, "Así hablaba Zaratustra". Y si vosotros lo habéis leído, sabéis que tiene en su forma exterior casi la forma del Evangelio; es el evangelio del Anticristo. Es el evangelio del maestro que enseña el paraíso de la tierra, frente al Maestro que había enseñado el paraíso de la eternidad. Se ha dicho a los antiguos: Debéis querer a vuestros enemigos; yo os digo a vosotros: Debéis odiar a vuestros enemigos. Se ha dicho a los antiguos: Bienaventurados los que lloran; yo os digo a vosotros: Bienaventurados los que ríen. Se ha dicho a los antiguos: Si te dan un golpe en la cara, tú debes pedir otro golpe; yo os digo a vosotros: Si te dan un golpe, da dos golpes al hombre que te dió uno. Este evangelio anti-evangélico, es el magisterio del espíritu moderno: Así habló Zaratustra. Las páginas de Federico Nietzsche cantan la muerte de Dios. Eran los últimos años del siglo pasado y él pensaba en el siglo nuevo que venía, y pensó y dijo y escribió: Este será el primer siglo de la historia de los hombres porque nosotros hemos matado a Dios y por primera vez se podrá escribir la historia de la humanidad, de la humanidad libre de la sombra del cielo que impide los goces de la carne, el placer del amor, la libertad del pensamiento; hemos destruído la sombra de lo divino y el sol de la humanidad aparecerá ahora y ya el mundo vivirá su historia, vivirá su felicidad.

Hermanos míos: para comprendernos a nosotros mismos debemos conocer a nuestros antepasados, porque todo lo que se ha vivido en la historia queda en nuestra sangre como una tradición y nosotros somos los hijos de aquella rebelión humana contra la Divinidad. Pero Nietzsche murió. Trágica muerte, amigos. Yo creo que apenas Shakespeare podría ser el único digno de narrar el drama de aquel hombre que había soñado la liberación de la humanidad, que había cantado que el hombre se había hecho Dios, y que muere loco, encerrado en una casa de salud, interrumpiendo así su último libro, titulado "El Anti-Cristo", en una página de la que se puede dudar si sea propia de un hombre sano o de un hombre loco. Una página donde habla de una luz que lo coge, de una luz que lo embiste, que viene de Oriente, en la cual él aparece como transfigurado, como divinizado. Y cae la mano sobre la página interrumpida, la mano de un hombre loco, encerrado en una casa de salud. Allí, en ese encerramiento, él vió los primeros años de nuestro siglo.

El había creído, y bien se podía creer, que con el canto de la muerte de Dios había terminado el proceso de la apostasía moderna y que ya no se hablaría más de Dios. Pero había otro paso que dar y en el cual él no había pensado, y no había pensado en ese paso porque menospreciaba demasiado a la gente ignorante para pensar que ello era necesario en la historia de la humanidad. El ateísmo de Nietzsche, el materialismo del siglo pasado, estaba recluso en la universidad, mientras la masa de la humanidad continuaba todavía en su religiosidad, mantenía su fe en Dios, y Nietzsche no había pensado en ésto. Para él los hombres ignorantes eran algo tan inferior que no merecía ninguna atención. Es una frase de Nietzsche: Hay más distancia entre

el hombre culto, entre el superhombre y el ínfimo hombre campesino, hay más distancia entre el hombre completo y el hombre ínfimo, que entre este ínfimo hombre y el supremo animal. El hombre del campo, el hombre que vive pensando en su comida, está mucho más cerca de los animales que del hombre superior y por esto en el pensamiento de Nietzsche la fe de los campesinos, la fe de las masas, no merecía ninguna atención, como no la merece un fenómeno de la vida animal. Para él bastaba que la filosofía hubiera matado a Dios para que Dios no existiera ya en la historia de la humanidad.

Pero no era así: los hombres ignorantes también son hombres; los hombres obreros también son hombres, y el fenómeno de la apostasía moderna no habría sido completo, la trayectoria de esa apostasía no se hubiese cumplido en su curso total, si no se hubiera llegado a la apostasía de las masas. Que fue el último paso. Fue el paso de nuestro siglo, y es el paso que estamos viviendo hoy, como un espectáculo nunca visto en la historia anterior. Aquí, para explicar este último paso de la apostasía, la apostasía de las masas, es preciso pensar en un hombre que de una diabólica manera presentó a las grandes masas la tesis de la negación de Dios aliada al bienestar de la especie; cuando ese hombre tuvo la audacia de presentar la negación de Dios como el camino del paraíso terrestre, cayeron las masas en la apostasía, y con el nombre de Marx el fenómeno de esa apostasía moderna dió el último paso. Así hemos visto a millones y millones de hombres, a una tercera parte del género humano, que estudia en las escuelas la muerte de Dios, que estudia en los libros, con esa misma sencillez con la cual nosotros estudiamos que la tierra gira en rededor del sol, que antes se había predicado que existía un cierto señor Dios, pero que después se ha demostrado que este Dios no existe. Es el fenómeno que nuestra generación ha vivido por la primera vez en la historia del mundo, el fenómeno de la apostasía de las masas; es algo que no se encontraba en el mundo pagano, es un paso verdaderamente nuevo en la historia del género humano que ahora quiere separarse de Dios con base en una doctrina nueva de materialismo integral.

Hermanos míos: sigamos con el pensamiento aquella parábola que hemos tomado como esquema de nuestra reunión, y veremos que verdaderamente la apostasía colectiva del pensamiento moderno, la apostasía colectiva del mundo moderno, se ha cumplido en una forma integral como más no se podía pensar. El hijo ha dejado la casa de su padre, el género humano oficialmente representado por sus más destacados oficiantes ha dejado la casa del Padre, ha dejado la casa de Dios. Y a dónde ha llegado la humanidad que ha vivido esta colosal aventura? Dónde se encuentra esta humanidad colectivista que ha intentado la aventura colosal de dejar a Dios? Dónde nos encontramos nosotros, los hijos de aquella generación? Cuenta la parábola del hijo pródigo que el hijo, lejos de la casa de su padre, cayó en grande miseria. Podemos decir nosotros también, que la humanidad de hoy ha caído en grande miseria? Esta humanidad que tiene en sus manos fuerzas como no las ha tenido nunca; esta humanidad que ya está llegando a las estrellas, esta humanidad que eleva cada día los niveles de vida de sus integrantes, esta humanidad que ya exige para los campesinos

todas las prestaciones, que ya quiere cada día menos esfuerzo y más exigencias, de esta nueva generación podemos decir que ha caído en grande miseria? Hermanos míos: no hay duda de que hay muchos aspectos de la vida presente del hombre de los cuales no puede decirse que ha caído nuestra generación en grande miseria. Pero si pensamos en su vida social, si pensamos en su convivencia, en la situación en la cual nos encontramos como conjunto humano, indudablemente que hay mucho que pensar. Los hombres han abandonado la idea de Dios, han dejado la idea de un Dios Padre de los hombres que cuida de la familia humana y un día será Juez de los acontecimientos de la humanidad. Y sin aquel Dios cómo organizar en una u otra forma un sistema de convivencia humana? Porque la vida lleva consigo la necesidad de la convivencia. Cómo organizar, una cierta convivencia cuando ya ha desaparecido la idea del Padre Celestial, único principio de unidad del género humano?

Y cuál fue el primer sistema social que se organizó en la historia moderna a la luz de una filosofía sin Dios? Estábamos en el siglo XVIII, aceptábamos la filosofía racionalista que tenía todavía a Dios, pero lo había llevado tan lejos del mundo que aquél Dios prácticamente no sabía nada de lo que en el mundo sucedía. Aquel Dios vago de la masonería, aquel Dios vago de la filosofía racionalista no servía y entonces a la luz de esa filosofía racionalista debieron pensar en un sistema social para la paz, para la alegría del mundo. Cuál fue el sistema social que fue pensado a la luz del racionalismo? Es muy fácil enunciarlo. Aquella filosofía había declarado al hombre como al ser supremo del universo en que vivimos. Dios estaba tan lejos que prácticamente el hombre era la cumbre, el hombre era la figura principal, y por ello en aquella filosofía era muy fácil aceptar que el sistema social ideal sería aquel en el cual se reconociera al hombre el sitio principal; al hombre mismo, al hombre racional, al hombre que si lo dejamos libre lo hará todo bien, porque él es el ser supremo, porque él es Dios; así pensaba el racionalismo y a la luz de aquella filosofía nació el sistema social llamado liberalismo. Amigos míos: yo se que en Colombia la palabra liberal tiene un sentido local en vuestra historia particular, un sentido un poco especial. Pero aquí aplicamos nosotros ahora tal palabra como la encontramos en la historia universal de la humanidad. Aquí hablamos del liberalismo económico, del liberalismo que llenó un siglo de la historia del género humano, de este hablamos.

Apareció a la luz teórica de la filosofía racionalista que el sistema social más perfecto sería el que dejara a todos la mayor libertad. El hombre es el ser supremo si lo dejamos perfectamente libre, y él lo hará todo bien. Qué debe hacer la comunidad humana, qué debe hacer el Estado, esta autoridad del Estado que dirige la vida comunitaria de los hombres? Debe defender la libertad de todos y cuanto más se logre en esta defensa de la libertad de los hombres, tanto mejor resultará la sociedad. Que el Estado no se inmiscuya demasiado en los negocios de los hombres, que el Estado no tome iniciativa particular para dirigir al hombre y que solamente vigile; él debe ser en la dirección de la comunidad como un guardián para impedir que alguien qui-

te a los otros la libertad. En cuanto sólo defienda la libertad de los hombres hará su función en forma perfecta y tendremos el mundo mejor. Y fue ese el gran sueño social que se elaboró en el siglo pasado a la luz de la filosofía racionalista.

Hay una frase de Hegel que siempre me impresionó; Hegel escribía su filosofía mientras Napoleón pasaba con sus ejércitos por su patria. Hegel escribía su metafísica para la reconstrucción de Alemania. Decía Hegel: Por donde pasan las ideas, cincuenta años después pasarán los cañones. Las ideas preparan el camino de los cañones; cincuenta años después de mi filosofía nosotros tendremos la victoria de Alemania, pensaba él, y había dicho su verdad. La influencia de las ideas en la historia política del mundo es una gran verdad. El liberalismo había preparado así un sistema ideal de sociedad. Pasan cincuenta años y la historia que está ya madura para la aplicación de aquella teoría social, espera al hombre que habrá de tomar la bandera liberal, y lo encontró. No hay duda de que fue un hombre gigantesco, pero no hay duda tampoco de que era gigantesca la obra que estaba esperando a ese hombre. Y cuando Napoleón tuvo en sus manos la bandera de la libertad, pudo pasar los Alpes, los Pirineos, pudo entrar en Prusia, pudo destruir todos los reinados de Europa, porque encontraba en todas las naciones una quinta columna que lo esperaba. No era la victoria de Napoleón, era mucho más: la victoria de la idea liberal. Un siglo de liberalismo teórico había preparado el siglo del liberalismo práctico y toda Europa moderna ha vivido su era liberal, con mucho entusiasmo. Hubo gente que se hizo matar por ello, no lo podemos negar. Italia fue construída por los liberales como nación. Era el sistema que ofrecía el sueño de un mundo feliz; todos libres, libres los obreros, libres los campesinos, libres los dueños, libres todos. Dios está en el cielo y nosotros aquí en la tierra hacemos lo que queremos. El Estado defiende la libertad, viva la libertad.

Pero cuando ya se salió de la teoría y se vió en la práctica lo que acontecía, apareció que esta bandera hermosa de la libertad tenía sombras pavorosas y procuraba lágrimas, como pocas banderas las han procurado en la historia pasada. Por qué, hermanos míos? Porque la libertad es una palabra estúpida, pero dejad a todos hacer libremente lo que quieran y vendrá prácticamente la victoria de los más fuertes; prácticamente muchísimos débiles quedarán vencidos en la lucha por la vida. Y después de pocos decenios en que el sistema liberal —no digo en el sentido en que se usa en Colombia, sino en el sentido de la historia moderna del liberalismo económico, del liberalismo individualista, del liberalismo exagerado que lleva a la libertad absoluta de cada uno— se había practicado, se pudo apreciar cuántas injusticias sociales se cometían al amparo del hermoso nombre de la libertad. El campesino era libre, el obrero era libre ciertamente, era libre de vender su trabajo, era libre de no vender su trabajo, pero debía comer y cuando encontraba al hombre que tenía en sus manos el capital, sabía que este también era libre de dar su capital o no darlo. Había entonces un contrato: Yo quiero trabajar, usted tiene tierra; yo quiero trabajar en su campo. Usted tiene máquinas, usted tiene fábrica, quiero trabajar en su fábrica. Venga usted. Cuánto me pagará usted. Le daré

tanto. Es poco, tengo familia. Váyase entonces. Pero debo comer. Haga lo que quiera, somos libres y yo no quiero dar más. Y el hombre que tenía el capital vencía fatalmente, vencía siempre. Y el hombre que tenía su trabajo debía venderlo por un mínimo vital que estaba también en el interés del capitalista por que quería que su obrero viviera. Mas todo lo que superara ese salario mínimo vital aumentaba el capital, lo aumentaba siempre. Y se vió con la experiencia que la hermosísima palabra de libertad, por la cual habían muerto muchos jóvenes luchando y combatiendo, en la práctica se resolvía en una sociedad amarga donde una indigna minoría que tenía en sus manos el capital, prácticamente hacía lo que quería, prácticamente tenía a los demás como esclavos en nombre de esa palabra hermosísima de libertad.

Hermanos míos: esta tragedia se ha vivido en el mundo moderno; esta desilusión por una bandera que se había mostrado con una luz estupenda, después que Dios había caído del cielo, que no reinaba sobre la humanidad, llevó al género humano a comprender que el individualismo exagerado era muy peligroso y buscó otra bandera y esperó otra salvación. La filosofía en su desarrollo y las ideas en su camino habían llegado al materialismo. Había pasado un siglo, el siglo del liberalismo, gran siglo liberal el siglo pasado, y ahora se buscaba otro sistema de salvación porque el sistema que se había vivido había parecido dantesco, y las ideas se habían marchado y habían llegado al materialismo y se buscaba otro sistema social y el nuevo sistema social fue pensado a la luz, si podemos hablar de luz en este caso, del materialismo.

Cuál fue el segundo gran sistema social que la historia moderna pensó para su felicidad social mientras en el cielo no estaba Dios? A la luz del materialismo, en el cuadro teórico del materialismo, se pensó como dogma social en el marxismo. Cuál es la felicidad del hombre? Libertad, palabra bella pero falaz, máscara para explotar. Libertad, palabra vacía en boca de los ricos para oprimir a los otros en nombre de la liberead, libertad de los ricos que tienen la libertad de su egoísmo, de su dinero, de su capital. Ahora, esta palabra ya no vale nada, estamos ahora con otra filosofía, con otra mentalidad, lo que imbre de la libertad, libertad de los ricos que tienen la libertad de su porta ahora es la comida. Tenían ya una cabeza tan vulgar, tenían una mentalidad tan poco filosófica que ya les parecían el supremo ideal la materia y la comida, exactamente como para los animales, y pensando cuál sería la sociedad feliz tomaron como ejemplo a los animales. Vamos a ver cómo los animales son felices y así haremos la felicidad de los hombres. Cuando un animal ha comido, cuando un animal puede dormir, no se queja de que no tiene libertad. Y nosotros prometemos dar la comida, nosotros prometemos a los hombres que ya no habrá explotación del capitalista. Nosotros prometemos a los hombres esta felicidad de la tierra. Les decimos que deben hacer una sociedad sin explotación. Les decimos que deben hacer una sociedad donde no haya hombres que tengan en sus manos los medios de la producción, porque con estos medios de la producción explotan fatalmente a la pobre gente que debe vender su trabajo solamente para comer. Nosotros prometemos a la humanidad otra solución: la solución social de

la igualdad. La solución social de la comida para todos, la solución social de que no haya capitalismo. Y el nuevo sueño que se había pensado a la luz, si podemos llamar luz a esto, del materialismo, se llamó, aplicado al plano social, socialismo, porque el comunismo como sabéis tiene como sueño la realización de la sociedad socialista por medio de la lucha de clases. El sistema social que se pensó a la luz del materialismo y que en el campo social se llamó sociedad socialista, apareció como el gran sueño de una humanidad que se había encontrado explotada y desilusionada con la bandera de la libertad. No importa la libertad, lo que importa es que podamos comer. Y pasó la voz, pasó el sueño en masas que francamente habían sido explotadas, en masas que no habían sentido nunca sabor bueno en la palabra libertad. Y poco a poco estuvo madura la idea. También aquí hubo antes un trabajo ideológico, también aquí hubo antes toda una preparación intelectual. Estamos en el siglo pasado; reinaba el liberalismo en la práctica, pero en las catacumbas de la historia ya pesaba el sueño del socialismo. Estaba en las novelas de Tolstoy, en las novelas de Dostoiewsky, en "La Guerra y la Paz", en "Los Hermanos Karamazov", los libros que llevaron a toda Europa el sueño de la sociedad socialista. Y cuando la idea ya estaba madura, la historia buscó la actuación política, porque ya había dicho Hegel, y en esto creo que no se había engañado, que por donde pasan las ideas, después de cincuenta años pasarán los cañones. La historia en aquel siglo iba buscando la situación posible para encarnar prácticamente el sueño socialista, y la oportunidad no faltó.

Aquí empiezo a recordar personalmente. Estábamos en la primera guerra mundial; Alemania estaba cercada por todos los aliados. En cierto día, con una fuerza francamente gigantesca, rompió el círculo e hizo caer a Rusia en el caos. Rusia era una nación de las más atrasadas del mundo, una de las naciones donde no había francamente ninguna justicia social, donde todavía los señores podían golpear a su siervo que estaba de rodillas, y aquella inmensa nación atrasada se encontró en el caos por su derrota y fue la situación histórica favorable para intentar la actuación del sueño socialista. Cuánto entusiasmo. Una sociedad sin explotación, una sociedad sin capital que explote a los pobres que deben vender su trabajo por un mísero salario. Hermanos míos: Yo fui estudiante de la Universidad de Roma, de seglar, y recuerdo perfectamente el momento de mi vida en que el sueño socialista me ocupó completamente. Estábamos frente a los errores del liberalismo, del liberalismo económico, frente a todas aquellas injusticias, frente a un pueblo que, si tenemos corazón, nos arrebata las lágrimas. Yo estudiada derecho. Por qué no intentar una sociedad nueva donde no haya capital, donde no haya la posibilidad de la explotación? Qué importa perder el pequeño capital de nuestros padres. Qué importa, si marchamos hacia una sociedad donde no habrá tantas lágrimas, donde todos nos sentiremos iguales. Hermanos míos: creo que los corazones más buenos, tal vez con sed de justicia, fácilmente sintieron un día el sueño socialista, como remedio, en busca de una sociedad sin explotación. Quién no la quiere? Creéis que hay alegría en un palacio rico cuando mirando por las ventanas se ve afuera gente que nos mira con odio o por lo menos con lágrimas en los ojos? Pero hermanos míos:

debemos tener sinceridad, porque cuando los sueños teóricos se forman en prácticas se revelan deficiencias y asociaciones que en la línea teórica no se habían visto. Había aparecido hermosísimo el sueño liberal y muchos habían muerto por él. Hubo cárceles repletas de liberales bajo los reyes y fue la práctica la que demostró la frialdad del liberalismo económico. Hubo el sueño de la sociedad socialista y aún lo hay, pero la práctica demostró otra cosa. Yo mismo me sentí arrastrado por el sueño de una sociedad en donde todos fuéramos iguales, en donde el Estado fuera dueño de todo, el regulador de todo. Recuerdo en cuanto a mí, universitario de derecho, que un compañero destruyó mi sueño socialista con una palabra. Yo estaba entusiasmado: una sociedad donde no haya capital privado, donde todo sea del Estado, donde el Estado llame a todos al trabajo como se llama a los soldados para la guerra, y donde todos son iguales y todos comen y no hay diferencias ni hay explotación. Mi compañero me dijo muy inteligentemente: Quién es este Estado? Es hermosísimo que no haya explotación privada, es hermosísimo que no haya capitalistas que puedan oprimir al obrero, pero por favor, díme: cuando todo sea dado al Estado, cuando el Estado sea dueño de todo, quién es entonces prácticamente el Estado? Y la práctica que hemos vivido, que estamos viviendo en el mundo, demuestra que esta forma social hermosísima en la teoría, debe quedar toda en la realidad en manos de poquitos que se convierten en dueños absolutos de los otros, en una forma y en una medida que el capitalismo nunca pudo soñar porque el capitalista privado siempre será un particular y si éste es duro y es cruel siempre se podrá salir de su dominio y buscar un nuevo patrono. No hubo en la historia del mundo un capitalista que tuviera en sus manos todas las leyes, todas las cárceles, todas las rentas, todo. Mientras que en el Estado socialista, que en su línea teórica significa justicia, significa bien común, en la práctica se convierte en un pequeño grupo de hombres que tienen lo que nunca habían tenido en la historia: todo el capital, todas las fábricas, todas las tierras, todos los tribunales, todas las escuelas, todas las rentas, todas las leyes.

Hermanos míos: aquí estamos pensando muy en serio en la situación. Yo estuve en aquel mundo y no lo he visto como algunos invitados del gobierno ruso que van a ver lo que el gobierno les quiere mostrar; yo estuve en aquel mundo para hablar con la gente que está allá y he hablado también con mis compañeros que pasaron muchos años presos en aquellas tierras de martirio. Creo francamente, y lo digo en la presencia de Dios, que no hubo en la historia del mundo tantos crímenes como se han cometido en nombre de la sociedad socialista. Es la destrucción del hombre, porque allí no hay libertad ninguna.

Queréis la demostración contundente de ello? Hermanos: nosotros en Italia estamos muy cerca de aquel mundo, basta pasar la frontera unos centímetros y estamos ya en aquel mundo. Nosotros tenemos diez millones de italianos que profesan el comunismo. Nosotros somos una de las naciones del mundo que tiene más emigración, nosotros vivimos de la emigración. Italia manda al mundo mil personas por día. Pues bien, tenemos diez millones de comunistas y no se ha encontrado todavía un hombre que quiera llegar a aquellas tierras, to-

dos quieren emigrar al mundo occidental. Esta es una demostración que no admite duda. No se encuentra uno que lo quiera hacer. Quieren el comunismo en cuanto tienen un interés particular de momento, pero cuando piensan en la patria de sus hijos, cuando piensan en la patria donde dejarán sus huesos después de la muerte, no se ha encontrado uno, uno solo, ni siquiera para hacer propaganda, que haya pedido la emigración a Rusia. Todos piden la emigración a América porque lo saben en la sangre qué significa un mundo donde se ha concentrado todo el poder en manos de pocos hombres.

Hermanos míos: tenemos el mundo así dividido con estas dos banderas. Una bandera capitalista, una bandera de tradición liberal, una bandera de tradición individualista que es fría, que es egoísta. Y otra que aparece como su sueño hermoso porque habla del bien común pero bajo la cual surge la destrucción total de cualquier valor del hombre distinto de lo que lo asemeja a los animales. Hermanos míos: esta es la tragedia de esta hora histórica. Y sabéis qué es lo peor? Sabéis qué es? Que estos dueños de la humanidad, capital privado y capital del Estado, capital individual y tiranía estatal, luchan entre sí y tienen en sus manos aquellas armas terribles que vosotros teméis, a las cuales se refirió Einstein poco antes de morir: Con estas armas, hombres, ya podéis destruir al mundo. Y el mismo dijo en su testamento: Atención hombres, atención, porque los descubrimientos que se están haciendo con la ciencia de hoy permitirán ya la destrucción del mundo, atención. Y estos dueños de la humanidad tienen en sus manos estas armas y nosotros somos todos como hormigas, sufriendo el miedo de que un día se pierda el equilibrio del mundo entre estas dos fuerzas y se destruya la humanidad. Se destruya la vida.

Hermanos míos: si el hijo pródigo que había dejado a su padre se encontró en miseria en la ciudad, debemos decir que nuestro género humano moderno, que ha dejado a Dios, se ha encontrado con dos dueños terribles y feos, el capital privado lleno de egoísmo y que procura explotar cuanto más puede el trabajador, y el capital de Estado que ya no tiene cuidado de nada porque es dueño absoluto de todo y los hombres no valen nada para él. Y los dos dueños luchan entre sí y nosotros indefensos en medio de esta miseria social, sin saber si mañana encontraremos el pan. Sólo hay una salida en esta encrucijada. No la de la sociedad socialista que acaba con todos los valores amables del género humano. No la de la sociedad capitalista que esclaviza y materializa a la humanidad hasta convertirla en sierva de sus intereses. Hermanos: hay una sola salida, porque hay una sola doctrina que puede unir sinceramente los dos aspectos positivos de los dos mundos; aspectos positivos que no se pueden negar y sin los cuales no se explicaría lo que ha acontecido en la historia. Hay una doctrina que tiene un respeto supremo por el individuo y su libertad, una doctrina que afirma en sus principios esenciales que no hay nada en el mundo que pueda justificar la violencia de una conciencia, porque el hombre es grande, porque el hombre es digno, porque el hombre es inmortal, porque el hombre es hijo de Dios. Puede caer el mundo pero no podemos exigir que un hombre traicione su conciencia y haga mal. Porque el hombre, hechura de Dios, merece un respeto infinito y no se

puede nunca abusar de un hombre, destruir a un hombre por cualquier cosa de nuestra vida terrenal. Hay una Doctrina que en su exigencia esencial tiene tan grande concepto de la libertad del hombre, que Dios mismo la respeta; el hombre es una realidad tan grande para aquella Doctrina que Dios mismo respeta su libertad. Impone al hombre algo por una ley, pero permite que en su libertad pueda hacer lo contrario de lo que es su obligación. Una Doctrina que tiene un respeto absoluto por el individuo. Nunca se puede destruir a un hombre por razón de una cosa que hace. Y que comprende que en la idea de libertad, como se usa en el mundo capitalista, hay un factor de falsedad; que sabe que con esa estupenda palabra que es libertad, se cubre un egoísmo horroroso. Y esa Doctrina de que ahora hablamos es la doctrina anti-egoísta por excelencia, es la Doctrina del bien de los otros, es la Doctrina en la cual la afirmación de nuestra personalidad humana se obtiene en la medida que cada uno se subordina al bien de los demás. Es la Doctrina del bien común. Es la Doctrina del servicio mutuo. Es la doctrina que afirma: hombre si tu no sirves a tu prójimo te has de condenar por toda la eternidad; si tu no sirves a la sociedad quedas aislado y quedas aislado en la maldición de Dios.

Una Doctrina que encara los dos mundos de hoy y mirando al mundo occidental declara con franqueza: aquí hay una cierta defensa de la libertad, no se puede negar. Infinitamente mayor que en el mundo oriental aquí hay afirmación de la personalidad. Pero mira hacia allá y dice: Allá hay afirmación del bien común, allá se afirma que no debemos explotar al prójimo. Pues bien; aquí con esta parte buena de defensa de la libertad se cubre un egoísmo malo y allá con esa buena doctrina del bien común se disimula la destrucción total de los valores humanos. Hermanos míos: creo conocer el mundo más que vosotros; creo que pocas personas, perdonad la aparente soberbia que no es soberbia, talvez muy pocas, hay en el mundo que hayan hablado a tantas masas humanas y de tantas naciones, como yo. Y hablar a las masas significa interpretar a las masas, porque no se habla contra las masas; se habla algunas veces corrigiendo a las masas, pero con una corrección que ellas aceptan. Por ello os digo: solo hay una salida en la historia de hoy, una única salida. Y es aquella Doctrina que enseñó Jesús: defender la libertad de la persona, subordinar la persona al bien común, en tanto el bien común no destruya a la persona y en tanto la persona no destruya el bien común. Una armonía de los dos aspectos. Hermanos míos: no vengo aquí para hablar de cosas teóricas; yo vengo aquí como testigo de un mundo, permitid que lo diga así de Europa, lleno de pecados, lleno de responsabilidades feas, de Europa madre de todos los errores modernos, no lo podemos negar. Es todavía la parte más madura del género humano, es la parte que tiene más historia, es la parte en donde se vive frente a todo lo que se ve en el pasado y se reconoce, se juzga y se compara; la vieja Europa. Y cuando yo os indico el Evangelio como única solución, no vengo aquí como testigo de una teoría pensada en mi habitación. No, no tendría ánimo para turbar con ello vuestra vida juvenil. Yo vengo como testigo de una historia. De la vieja Europa, madre de todos los errores, madre en particular de los dos errores sociales modernos; ella que en-

gendró en el siglo XIX el liberalismo en sus universidades, ella que en el siglo XX engendró el socialismo en sus universidades. De aquella viejecita madre de dos hijos que se han hecho fuertes en otros continentes, madre de dos hijos ilegítimos. Los ha visto volver a su seno. Volvió el hijo liberal, el hijo capitalista, el hijo individualista; volvió de América: fuerte, gordo, rico. Y volvió el otro hijo que en el Asia inmensa se hizo fuerte, con una cara espantosa, triste, malhumorado. Y la viejecita los miró. En aquél momento comprendió los dos pecados con que había engendrado esos dos hijos ilegítimos; se arrodilló la viejecita y después de cinco siglos, gritó: Jesús! Bien sabéis que Europa en el momento más trágico de su historia, cuando ha visto destruidos sus monumentos, destruidas sus riquezas, consumido su patrimonio cultural, cuando ha visto todo lo suyo destruido, cuando ha visto a gentes que venían de fuera más jóvenes, sin historia, sin madurez, pero todas más fuertes, esa vieja Europa ha gritado: Jesús! Y Alemania, la de Lutero, la de Bismark, la de Freud, la de Nietzsche, la de Marx, ha llegado ahora a uno de los sitios más eminentes del mundo con un guía católico. Tal vez vosotros, por estar en otro mundo, no comprendéis bien lo que significa el que Alemania confíe sus destinos a un católico; él es viejo en verdad, pero han pasado catorce años desde la derrota más espantosa de la historia alemana y todavía no han encontrado un hombre que sea mejor guía que él. Hermanos, Alemania con un jefe católico es un fenómeno tan nuevo que quien haya estudiado la historia del Kulturkampf, la historia del protestantismo, la historia del anti-romanismo, debe quedar maravillado. Y ahora Italia. El estado italiano fue construido totalmente por los liberales. Hubo la cuestión de Roma, de Roma capital de Italia que puso toda la historia italiana del último siglo contra la Iglesia. Yo estudié en las escuelas del gobierno, y a mí hablarme entonces de un sacerdote que entraba a una escuela me parecía tan mal como decir que había entrado a un baile. Qué debía hacer un sacerdote en una escuela? Toda nuestra educación fue laicista. Y llegó para mi patria el momento tal vez más triste de su historia. Se hallaba derrotada en una forma espantosa y los italianos acudieron a votar y nadie podía precisar entonces el resultado de la elección, nadie se lo imaginaba. Pero Italia liberal, Italia derrotada, Italia que aparentemente había perdido la esperanza, votó mayoritariamente por Jesús. Hermanos: vosotros no podéis medir cabalmente lo que esto significa en la historia de Italia. No fue un voto religioso, pero lo fue en favor de Jesús del Cielo. Allí se encontraba toda la propaganda americana que llegaba sin cesar, y llegaba pan y muchas otras cosas; Italia estaba destruida y se sentía aniquilada y la ayuda llegaba, no se puede negar que hubo mucha ayuda; pero en una vieja tierra que tiene un instinto de comprensión muy grande, bien se podía captar en el aire que tras la ayuda había también un egoísmo, una soberbia, una incomprensión muy grandes. Y se miraba hacia el otro lado y la propaganda comunista llegaba con absoluta libertad. Qué se podía pensar entonces? Italia es la nación que ha tenido más propaganda comunista. Es la nación que tiene el partido comunista más fuerte del mundo. Allí estaban los dos mundos antagónicos en contacto. Italia miró a esos dos mundos y votó la viejecita, y votó el estudiante,

y votó el profesor, y votó el obrero, y votó el campesino y el resultado fue Jesús, Jesús solución para dos mundos. Yo estaba en aquel tiempo en el período, diría, más violento de mi juventud. Fue la campaña de mi juventud, la campaña de la post-guerra: Jesús como conciliación de dos mundos que son extranjeros para nosotros y para nuestra historia. En cuanto a España, ella tiene otra situación constitucional completamente distinta, pero está en manos de católicos y lo mismo se puede decir de Portugal. Y Francia, la nación más seriamente descristianizada de Europa, que tiene millares de no bautizados, cómo está hoy? Hace poco, estaba yo en París entonces, Francia se encontró al borde de la catástrofe. El mundo tal vez no ha comprendido a dónde había llegado Francia, porque Francia podía fracasar en un día, porque su dinero y todo lo suyo fracasaron completamente. Entonces buscó a un hombre para darle, contra todas sus tradiciones más recientes, poderes absolutos. Y ese hombre es católico y está salvando a Francia. De Irlanda, de Bélgica, de Austria no hay nada que decir pues vosotros conocéis bien que sus dirigentes son católicos.

Hermanos míos: estos datos quizá a vosotros no os impresionen, pero los que saben que la historia comienza con las ideas y que todavía hoy las ideas las lanza Europa que aunque vieja es la parte más madura del mundo como cabeza y como pensamiento, y esto no se puede negar, se regocijan de que la vieja Europa haya encontrado, entre el capitalismo y el socialismo, a Jesús. Y el hijo pródigo pensó, al hallarse en miseria: en la casa de mi padre encontraré pan; iré allá. Y Europa dijo: Oh Jesús, que estás fuera de mi historia, que no te han nombrado en las universidades desde hace cinco siglos, Jesús que nuestros profesores, nuestros filósofos, nuestros juristas no han vuelto a nombrar, Tú entrarás al parlamento, inspirarás las leyes y serás como el pan del mundo, como pacificador, como única solución entre dos mundos. No podemos imaginarnos la república de Platón. Estamos en la historia concreta. El socialismo y el comunismo no son la solución del mundo; es absurdo pensarlo con los delitos y sangre que han proporcionado al mundo. Volver atrás nunca se ha hecho, nunca un viejo ha soñado, nunca un viejo se despertó joven, nunca volveremos al siglo pasado. Por dónde podremos salir hacia el porvenir? Alguno de vosotros podrá decir: pero el Evangelio es más viejo. Hermanos, es preciso conocer la historia, es preciso conocer la historia de la Iglesia. Una cosa es la tarea del Evangelio que debe preparar cada alma para el cielo, otra cosa es la tarea del Evangelio llamado por la historia para la construcción de un mundo. Le habíamos dejado a la Edad Media el Evangelio; ahora vamos a leer el Evangelio de la Edad Media, vamos a ver las obras de los santos, quienes en el aislamiento de la penitencia buscaban a Dios y vamos a comparar aquello con una situación presente donde el Evangelio de la Eternidad ya se busca por primera vez en la historia como la solución para el drama del mundo.

Y entonces viene el último acto, el acto que debemos todavía realizar, el acto que será vuestro acto, jóvenes que me escucháis. El hijo pródigo volvió a su casa a buscar el pan. Y qué encontró? A su padre. Encontró algo infinitamente más grande que el pan. El género humano está buscando el pan. Aparece una solución en la tierra; es la

hora para que los que conocen el don de Dios, para que los que viven en contacto con el Dios del Cielo encuentren al hijo que a su casa vuelve a tomar el pan y por medio de los partidos cristianos le entreguen la solución cristiana, con una entrega generosa, generosa para el bienestar de la tierra; es la hora también para que logren que el hijo pródigo encuentre al Padre que tiene también la felicidad del cielo; es el grande encuentro de la historia moderna con Dios. Una historia moderna que no abandonará el interés del hombre, pero que lo unirá con el interés de Dios; una historia nueva que empieza con nosotros y que exige toda nuestra responsabilidad; una historia en la cual los hombres de hoy deben entregarse al mundo para la felicidad del cielo; es la grande hora de la Iglesia de Jesús.

Hermanos míos: Yo he predicado desde hace tiempo en muchísimas plazas. Pero por qué me he retirado a otro plano? Porque siento que se debe trabajar por el porvenir y el porvenir hace quince años era anunciar a las masas a Jesús, y he creído ahora que el porvenir es ya que las clases cristianas se entreguen a la construcción de un mundo mejor en nombre de Jesús. El deber de hace quince años era decir: en Jesús os salvaréis, con Jesús haremos detener el comunismo en su marcha de sangre y de martirio para la humanidad; ya todo esto se ha hecho, ahora ha empezado a parar el comunismo, ahora todo el mundo ve los delitos, la sangre, los errores, las monstruosidades suyas; ahora se matan ellos entre sí. El deber de ahora cuál es? Que los cristianos sientan su responsabilidad, que los cristianos creen ese mundo que la humanidad está esperando, por medio de la Iglesia de Cristo. Iglesia que no son solamente los sacerdotes, vosotros soís también la Iglesia, la Iglesia somos todos los cristianos, la Iglesia somos los que estamos consagrados a Jesús.

Pero por qué he venido yo aquí y he interrumpido, jóvenes amigos, el cursillo que estamos dando a los sacerdotes? Porque también vosotros sois la Iglesia y si nosotros los sacerdotes debemos trabajar por un mundo mejor, predicando la fraternidad, predicando la dignidad del hombre, predicando la paz, vosotros debéis encarnar todo esto es una nueva sociedad. Mañana seréis jefes de fábrica, profesores en las escuelas, diputados en el parlamento, estaréis en todos los sitios importantes de la nación; vuestra tarea, ejemplo para el mundo, es construir la nación de Jesús. Hermanos míos: hay todavía mucho que hacer. También hay mucho por hacer en vuestra patria —permitid y perdonad que diga nuestra patria—, hay todavía gentes muy pobres, demasiado. Hay todavía capitales con un fruto exagerado. Algunas veces el capital en nuestra patria Colombia pide el dos por ciento de interés cada mes. Es monstruoso. Jóvenes, a mi me han hecho hablar en vuestro Congreso. Ahora hablo a vosotros que sois el Congreso de mañana. Los colombianos jóvenes deben trabajar para que haya casas, para que haya escuelas, para que todos los niños estudien, para que haya cuidado social para los ancianos y los enfermos, para que haya seguro social completo, para que vuestra tierra fecunda y maravillosa sea cultivada más, para que vuestra exportación pueda dar mayor riqueza a Colombia y favorecer la vida de todos. Debemos, en el nom-

bre de Cristo, ingresar a una comunidad mundial de naciones que tienen esta fe, que tienen este amor.

Hermanos míos: perdonad lo que voy a decir, pero lo digo como un colombiano. Juro que hablo aquí como un colombiano. Debemos acabar con la sangre que baña demasiado el suelo sagrado de la patria; debemos acabar con tantos delitos que son la vergüenza de la patria colombiana frente al mundo. Todo el mundo sabe que aquí se mata a las gentes como se mataría a los animales. Todo el mundo sabe que aquí se cometen estos delitos como no se hace en ninguna nación libre y que solamente, tal vez, son comparables con los que se realizan detrás de la cortina de hierro. Hermanos míos, debemos construir otra nación en el nombre de Jesús, en la paz que ha enseñado Jesús. Cuando Él nació los ángeles cantaban la paz. Ahora ha crecido Jesús, ahora estamos en la aplicación social de su doctrina, ahora estamos en las realizaciones nacionales de su doctrina y los ángeles cantan la paz.

Yo concluyo aquí, testimoniando mi profunda simpatía por esta nación que me ha permitido hablar con franqueza, con la misma franqueza con que yo hablo en Italia a los italianos, porque yo me siento totalmente de Cristo y aquí estoy en mi patria. Hermanos míos: no se si vuelva a Colombia, pero seguiré siempre con atención las noticias que me lleguen de Colombia. Leeré siempre lo que acontece aquí, esté donde esté y me alegraré de veras cuando llegue la noticia de que vuestra juventud inteligente ha comprendido el horror de un mundo que fracasa, de que ha comprendido, en la sangre, que la historia no vuelve atrás y que está buscando la única salida, la salida hacia Jesús. Y que me llegue la noticia pronto de que esta generosa juventud colombiana, en una tierra que tiene en toda América Latina influencia enorme, y más aún la puede tener en el futuro, marcha ya a la sombra de la concordia de sus ciudadanos, de la concordia de sus corazones todos, marcha hacia el porvenir fervientemente. Que la Virgen María, tan querida en vuestra patria, os proteja, que la Virgen María proteja a Colombia, proteja a la humanidad; que la Virgen María nos permita reconstruir sobre la tierra un mundo, para prepararnos para la eternidad, donde nos encontraremos todos, para siempre, en un mundo verdaderamente mejor.